

a modo de mamaderas?
¿No se mira esos zancajos,
esos chanclos, esas medias,
que más decente está Judas
el sábado que lo cuelgan?
¿No se mira esa carilla
de Pastor de Nochebuena,
muy poblada de bigotes
con que arruina cuanto encuentra?
¿Quién, pues, había de buscarlo,
ni a qué intento? Mejor fuera
saber ser hombre de casa
para poder mantenerla;
y no, que aquí está una pobre
imitando a doña urgencia,
hija de un tal don latido,
y de una doña flaqueza.
Yo no vine de mi Patria
para ser Anacoreta,
en cueros toda la vida,
y mantenida con yerbas.
De modo, que temo mucho
que con el tiempo me huela
la barriga a campo santo
según el pasto que encierra.

LUC.—(Con entono.)

Pues dime, mujer del diablo,
¿qué te falta?

PEP.

—Buena es esa,

¿qué te falta? Todo, todo.

LUC.—Ea, vamos, que no hay paciencia.

¿Qué ha que faltó yo de casa?

PEP.—Quince días.

LUC.

—¿Y en la alacena
no dejé cuartilla? Ya
armarías alguna fiesta.

TUL.—(A Lucas, con mofa.)

¡Ay, señor Luquitas! ¿Ahora
quiere usted que le den cuentas
de cuartilla?

LUC.

—Sí, señora,
que no es alguna Marquesa;
y cuartilla son dos clacos,
que si por cacaos se ferian
importan cuarenta y ocho,
que son muy bonita renta.

PEP.—(Con ironía.)

Pues oiga usted la memoria
de lo que compré con ella.

LUC.—Diga usted, que no es razón
desperdiciar las monedas.

PEP.—Un trajecito de moda,
ocho pares de chinelas,
un brillante, varias cintas,
dos abanicos, dos muestras,
para ir a un baile de fama
con que don Pedro Contreras
recibe a una Comadrita

en la calle de Zuleta;
porque como saben todos
que soy señora de esfera,
y dama de un Mayorazgo,
ayer me enviaron esquela.

LUC.—Muchas son esas perradas,
mire usted, señora Pepa,
que si me enfado, no habrá
demonio que me contenga.

(Asoma Gervasio envuelto en una sábana rota y sucia, con sombrero muy usado, e igualmente andrajoso que Lucas, y con los mismos avios de remendón, y dice a Tules en tono de cólera disimulada.)

GERV. Eso sí, señora Tules,
usted en visita: es pieza
llegar un hombre a su casa,
y hallar a usted en la ajena.

TUL.—*(Con mofa.)*
Mira esto: no sé de dónde
cuide usted de mi asistencia,
cuando há que falta de casa
cuatro semanas enteras.

(Sale Gervasio y responde.)

GERV. Eso ha sido indispensable,
según las graves, diversas
situaciones, en que a muchos
nos ponen las ocurrencias.

TULES.—*(Con ironía.)*

Es verdad, no me acordaba
de las continuas tareas
que sufre usted por empleado
en el Crimen, en la Audiencia,
en el Tabaco, en la Aduana,
en la Casa de moneda,
en la Dirección de azogues,
en el Tribunal de Cuentas;
a más de los muchos autos
que en Palacio se le entregan
en virtud de la confianza
que hace de usted su Excelencia;
de modo que aunque se tratan
allí distintas materias,
para otros son las comunes;
mas para usted las secretas.

GERV.—*(Enojado.)*

Para ella, y toda su casta,
la picarona altanera,
que así se explican, delante
de don Gervasio de Cuenca.

TULES.—*(Con mofa.)*

¡Jesús! ¡Qué don tan cantadol

(A Pepa aparte.)

Mira, niña, qué llanezas;
con menos causas hay jaulas
en San Hipólito llenas.

GERV. Don, y muy don, y cuidado
como sobre el don se alterca,

que yo sé que soy muy don
y lo tuvo mi ascendencia.

TULES.—Que usted tiene Don, no hay duda,
pero por atrás, y es prueba
el que lo conocen todos
por el remen-dón.

GERV. —No es esa
la circunstancia.

TULES. —Pues, Tata,
yo no sé de dónde venga
ese Don.

GERV. —De que mi padre
fué primo de una Condesa.



Pero volvamos al *Pensador*. En cuanto se refiere a literatura dramática, no hizo más ni mejor que sus contemporáneos. Así como en la peticion de Castro se imita la jerga del *lépero*, en el *Auto Mariano* Fernández de Lizardi imita el balbuciente y salvaje castellano del indio. Habla Juan Diego delante del señor obispo, y, refiriendo la aparición de la Virgen de Guadalupe, dice:

J. DIEGO.—On cosa traigo, Teopixqui,
que te lo ha de dar contento.
Yo lo soy de Quantitlán,
y me los llamo Juan Diego;

de Tolpetlac los venía
a Tlaltelolco: en el cerro
de Tepeyacac, Señor,
hoy todavía amaneciendo
los oyí on música alegre
y los ví todito el Cielo,
porque los ví ona Niñita,
tan linda que... yo no puedo
decir osté, Pagre mío,
como lo era ese portento.
En fin, ella me llamó,
y me los dijo: Juan Diego,
yo soy la Madre de Dios,
María Virgen, anda luego
a México, y dí al Obispo,
que quiero que me haga un Templo
en este mismo lugar,
donde Nostraré el afecto
de Madre, a cuantos devotos
busquen mis piedades. Esto
es, Señor, lo que ví yo,
y cumpliendo los preceitos
de ona Reyna tan hermosa
los vine a decir...

Pero no siempre puede sostener esta imitación indígena, y, a veces, obliga al mismo Juan Diego a expresarse, correctamente, en ardorosos arranques líricos:

¡Sus ojos! Si los vieras,
de admiración y gusto te murieras,
lindos, negros y bellos,
iguales a las cejas y cabellos:
la frente es despejada,
la nariz es pareja y afilada;
una y otra mejilla
son dos fragantes rosas de Castilla;
la boca es un rubí, pero pequeño;
la barba es de primores un diseño.
El cuello es firme, blanco y bien torneado,
las manos, sólo Dios que las ha criado.
¡Con qué gracia las llega
juntas al pecho, en ademán que ruega!
Viste, de oro bordada,
una túnica roja, o encarnada,
a la que a su cintura
un cingulo morado la asegura,
y cierra junto al cuello
un gracioso botón, de luz destello,
que en el medio grabada
tiene una negra cruz. Está adornada
con un manto decente,
que de pies a cabeza honestamente
la cubre: su color ¡oh, qué consuelo!
¡Cuál otro puede ser, sino de Cielo!
Mírase guarnecido
de un dorado filete, muy pulido,
y en el centro del manto, en luces bellas;

tiene cuarenta y seis lindas estrellas.
Una corona peina
la cabeza imperial de esta gran reina;
a toda esta belleza cual ninguna,
sirve de peana la menguante luna;
¿y qué mucho si un ángel con ternura
también está a los pies de su hermosura?
Este dibujo, la rudeza mía
es el que puede hacerte de María.

Estos versos nos hacen olvidar al autor popular y trivial de la *Pastorela* y del melodram del *Negro sensible*, y nos recuerdan al poeta lírico. Y al recordárnoslo, refrescan y acarician nuestra memoria con una remembranza infantil. Todos los niños mexicanos, durante las generaciones que caben en un siglo, hemos recogido de los labios de nuestras madres, para recitarlo con ellas, a modo de plegaria cotidiana, el *Himno a la Divina Providencia*:

Mano divina, sacra y admirable
del Ser Eterno, que por modo sabio
mueves del Globo la pesada mole
sobre el sol mismo sin ningún trabajo...

Pero lo más notable del poeta lírico está en las *Fábulas*. El carácter de moralista del *Pensa-*

dor se encuentra a sus anchas en este género de poesía eminentemente docente. La forma convencional de las lecciones éticas que contienen las fábulas cuadra sobremanera con las inclinaciones de Fernández de Lizardi, quien, dando animación a lo inanimado, y habla y raciocinio a lo mudo e irracional, sabe herir la imaginación, e infiltrar en el intelecto una verdad, ejemplificada por modo peregrino en una breve y sentenciosa ficción, para que pueda correr de boca en boca y retenerse largo tiempo.

Desde el padre Esopo las bestias toman el lugar de los hombres. El maravilloso Lafontaine puso en el hocico de monteses alimañas la sonrisa alada del *esprit*. Samaniego e Iriarte dieron gravedad de castellano viejo y adusto, de severo dómine, a las fieras hurañas.

Es verdad que, lo mismo en el poeta francés que en los literatos españoles, aparece con más frecuencia la malicia que la virtud, y que sus curiosos apólogos tienen más de *mundología* que de moral. Lamartine, con espíritu tan desprendido de la tierra, tan henchido de ideal, sentía repugnancia por las fábulas, y no tuvo empacho en encararse con la crítica consagrada y llamar cínico y malo al *buen Lafontaine*. Las lecciones de sentido práctico y egoísta de este excelso vi-

vidor sublevaban al poeta de la melancolía y de la fe.

El *Pensador* siguió particularmente las huellas de Samaniego. Para fabulista poseía Fernández de Lizardi las cualidades esenciales: laconismo, intención, gracia. Es cierto que su gracia solía ser gruesa y fuerte y que muy rara vez encontraba el matiz exquisito de la elegancia; pero ésta la suplía bastante bien con fluidez y desenfado, y aquella se clarificaba de las más oscuras impurezas al pasar por las alquitaras de la versificación. Descuidada era ella, mas no escasa de donaire, y por algún giro peculiar, por el uso de algún empolvado arcaísmo, por tal cual violenta construcción, se infiere que el literato mexicano pensaba mucho en los poetas de los siglos xvii y xviii.

Estaba Celia hermosa
una noche leyendo entretenida,
cuando una mariposa
entró, vido la luz inadvertida...

¿Quién no rememora, por ejemplo, al leer estos versos, el *Murciélagos álevoso* de fray Diego González?

Pero el genio epigramático del autor del *Pe-*

riquillo halla conveniente a su ironía el molde frágil y exiguo de la fábula.

Don Joaquín Fernández de Lizardi no era un poeta, como en el alto sentido no lo fué tampoco su modelo, el señor don Félix María Samaniego. Carecía de inspiración, de hondo y puro sentimiento de lo bello. Su musa tenía cortadas las alas por la mano de la realidad y caminaba con paso firme por el suelo, ya ceñuda, ya sonriente, señalando vicios y ensalzando virtudes.

Era una musa que no se desdenaba de recorrer, con la greña suelta, los suburbios de México, y de compartir la vida íntima del *lépero* y del *catrín*, para conocerlos y retratarlos mejor. Vivía del pueblo y para el pueblo. Era, puede afirmarse, el pueblo mismo.

Medio siglo más tarde, galvanizada de año en año por el *Payo del Rosario*, por el *Gallo Pitagórico*, por las *Cosquillas*, se puso en pie, más vigorosa, más bella, iluminada con deslumbradores destellos de poesía. Caminaba también por los barrios de la Metrópoli, y se mezclaba con la plebe; pero, por un prodigio del arte, volaba, de cuando en cuando, con velos inquietos de ave regocijada. La musa del *Pensador* cantaba en el alma de *Fidel*. Había cambiado de nombre; se llamaba: *La Musa Callejera*.

Pero grande como es el caso de atrevimiento, de perseverancia y de inteligencia de don Joaquín Fernández de Lizardi, no es un caso aislado. No estaba sólo en la capital cuando dió principio a la lucha literaria en pro de la libertad y de la justicia. Lo acompañaba otro valiente y fogoso espíritu; otro hombre de una tenacidad y de una laboriosidad rayanas en lo increíble: don Carlos María de Bustamante.

No creo llegado el momento de hablar de este conspicuo colaborador en la formación de la patria nueva. Su puesto, en concepto mío, está en el periodo siguiente, entre el grupo magno de historiadores que floreció después de 1821. Allí el licenciado Bustamante representa principalísimo y glorioso papel; allí, en la madurez de su talento y de su vida, en el reposo de las fatigas del combate insurgente, desarrolla sus excepcionales y cultivadas facultades de observador y de narrador, un tanto desarregladas por la vivacidad del carácter y la inquietud alocada de la imaginación.

No es posible, sin embargo, hablar del *Pensador Mexicano*, y pasar en silencio otro papel que se publicó casi simultáneamente: *El Juguetillo*.

Impresión tan entusiasta como la que produ-

jo *El Pensador Mexicano*, causó también el periódico de Bustamante. Está escrito *El Juguetillo* en lenguaje menos corriente, menos familiar y casero que el usado por Fernández de Lizardi. Y la argumentación más nutrida y sólida, la dialéctica manejada con mayor seguridad y pericia, la cita y la alusión hechas con aplomo doctoral, despiertan, no interés más vivo, pero sí confianza más completa que los artículos del *Pensador*. No llega don Carlos María de Bustamante, a escritor correcto y académico. A semejanza de su compañero literario, carece del sentido de finura y elegancia que poseían otros de sus contemporáneos; el mismo Lizardi lo aventaja en *ver el color* y en trazar, con brascas pinceladas, cuadros pintorescos. Mas en punto a usar de la ironía y de la reticencia para envolver y disfrazar sus ideas atrevidas y revolucionarias, no le va en zaga Bustamante al autor de la *Proclama a los habitantes de México*. Desde el primer número de *El Juguetillo*, se vale de estos necesarios recursos de ingenio. En estos términos se dirige a un panegirista del general realista don Félix María Calleja:

«Señor Panagirista: las almas elevadas no se nutren con mentiras, ni se envanecen con elogios desmesurados. El ambicioso de gloria, en los tér-

minos que permite la razón, por la que las pasiones mismas, bien ordenadas, son unas virtudes, siempre buscan la verdad: miran como delito separarse de ella, le tributan homenaje y odian a los que la adulteran. Si el señor Calleja ha obrado bien, si ha economizado la sangre de los hombres, si ha llorado sobre los cadáveres de los vencidos como César en las llanuras de Farsalia; si ha enjugado las lágrimas de los infelices; si ha recibido con los brazos abiertos a los que imploraban su misericordia; si ha guardado el derecho de la guerra; si ha hecho observar la disciplina; si ha respetado las propiedades, venerado el santuario, honrado a sus ministros, conduciéndose como un general, dejando por los lugares de su tránsito, no las huellas de la desolación y de la muerte, sino las de la paz y beneficencia a semejanza de un genio bienhechor, él hallará en el fondo de su corazón aquella *dulce paz* que es el fruto de la *buena conciencia*; él oirá con ánimo igual las injurias del que lo aborrece como los aplausos del que lo venera y aprecia. Si en los momentos de tranquilidad recorre la memoria de sus jornadas militares, él se acordará si las madres sacaban a sus hijos de pecho, y se los presentaban en los caminos como hacían los admiradores de César desde Brindis hasta Roma para

decirles... he aquí el padre de los vencidos; he aquí el genio bienhechor desconocido en las edades pasadas... Esta es satisfacción, que sólo él se podrá proporcionar, si ha sabido ganarla con sus virtudes, y que usted no podrá darle con su panegírico.»

Bustamante lanzaba a los cuatro vientos este cruel sarcasmo, precisamente cuando la Colonia entera temblaba todavía de pavor al recuerdo de los cruentos furros, de las iras locas, ciegas, frenéticas, del general realista; de Zitácuaro arrasado; de Cuautla saqueada; de las multitudes pasadas a cuchillo; de las mujeres, de los ancianos y de los niños mandados asesinar en un momento de vesania impulsiva.

Llano como *El Pensador*; pero un poco más cuidadoso de la expresión, Bustamante escribe con el mismo afincamiento que aquel; y, no obstante, su ilustración, su profesión, sus lecturas, le servían para ennoblecer y alinear la forma y desenvolver, con precisión y armonía mayores, la idea. Mas lo que seduce y simpatiza y conmueve en los artículos de *El Juguetillo*, es que de todos ellos se escapa, como de mal cerrado vaso, un espiritual perfume de amor por la patria; de fe en la patria. Y así era, y así fué siempre; los errores, las vacilaciones, las contradic-

ciones de don Carlos María Bustamante, no lograron jamás opacar ni mellar su patriotismo fuerte y puro, como bloque de diamante.

Pocos números de *El Juguetillo* se publicaron: seis solamente. Bustamante, como Fernández de Lizardi, fué perseguido, y no preso como éste, porque logró escapar a tiempo de la celada que le tendieron los esbirros. Apareció, pocos meses después, en el campo de la literatura insurgente, a mediados del año de 1813, dirigiendo y redactando *El Correo Americano del Sur* que en Antequera (Oaxaca) había fundado, por orden de Morelos, el doctor don José Manuel de Herrera.

En derredor de estos dos importantes papeles sediciosos de la capital, agrupáronse durante ese corto período de libertad intelectual, otras publicaciones, de las cuales no tenemos noticia exacta. (Un número, por ejemplo, de *El Despertador de Michoacán*, ha podido llegar solamente a nuestras manos.) Pero que hubo más de los citados, nos lo demuestra el fragmento que sigue, y es de una carta reservada del Virrey Calleja dirigida a Fernando VII en 18 de agosto de 1814:

«En dos meses de práctica que aquí tuvo en tiempo de mi inmediato antecesor la imprenta libre, causó tal irritación en los ánimos, y abor-